

EL BARCO



DE VAPOR

Cómo desaparecer por completo y no ser encontrado jamás

Sara Nickerson

Traducción de José Calvo



Este libro es una novela porque Alix Reid se empeñó en que lo fuera. Y por Stewart Stern, Geof Miller, y, sobre todo, Alex Kuo. Es una novela porque disfruté de la combinación perfecta de tiempo, espacio, confianza y apoyo. Y por ello, gracias, Matthew.

*Para Sara y Lindsey
Montana, 1993*



1

LA mayoría de los relatos empiezan por el principio, pero realmente yo no puedo afirmar que sepa cuándo empezó este. ¿Fue en una decadente mansión de una pequeña isla del Pacífico Noroccidental, o en una desvencijada furgoneta azul marino? ¿Empezó cierto día soleado de este mismo año, o un día soleado veinte años atrás? ¿Me sucedió a mí o a un muchacho que mucho, mucho tiempo antes, creía estar transformándose en rata? Me temo que lo único que sé es que todo comenzó para mí a bordo de un desvencijado vehículo azul marino que se dirigía a un lugar cuya existencia yo ni siquiera sospechaba. Un lugar que habría de cambiar mi vida.

—Creo que nos vendremos a vivir aquí. Creo que deberíamos mudarnos, mamá –decía Sophie.

—No nos mudaremos.

—Pero si nos viniésemos a vivir aquí, podríamos ir a bañarnos y comprarnos una barca.

—No nos vendremos a vivir aquí –insistió mi madre. Yo estiré el brazo y puse la radio, a todo volumen.

—Margaret, estoy intentando hablar —protestó Sophie, apagándola de golpe.

—Y yo estoy intentando pensar —repliqué.

—¿En qué?

—Si te callas cinco minutos, a lo mejor te lo digo —eso era algo que siempre funcionaba.

Mi hermana pequeña cruzó los brazos, inspiró hondo y se quedó quieta. Yo miré por encima de ella, a mi madre, ocupada en morderse una uña de su mano izquierda hasta llegar a la piel.

—Deberías sostener el volante con las dos manos, mamá —le aconsejé—. Sobre todo en las curvas.

Sophie expulsó aire como si saliera a la superficie desde las profundidades marinas.

—No han pasado cinco minutos —le dije—, ni mucho menos —y añadí—: ¿Mamá?

Lizzie no contestó, ni siquiera miró en mi dirección; se limitó a dar un último bocado antes de aferrar el volante con ambas manos. Al segundo de volverme hacia la ventanilla, ella volvió a la carga por donde yo sabía que lo haría: dedo anular, mano derecha. Observe su reflejo en la ventanilla. Mordisco, mordisco, tirón. Miré también a Sophie: tenía los mofletes abultados como manzanas duras, redondas. Esa era mi familia.

Desistí. ¿Tan mal irían las cosas como para estrellarnos y morir en una carretera de aquella isla remota? Por mucho que yo me preocupara en aquel momento, mi madre era capaz de conducir con los pies.

—Ya han pasado los cinco minutos —anunció Sophie en voz alta.

Miré mi reloj. No habían transcurrido ni dos.

—¿Y? —dije.

Fuera, olas coronadas de blanco se estrellaban contra la playa rocosa. Abrí la ventanilla para permitir que el aire fresco entrara en la furgoneta. Estábamos a mediados de marzo, a tan solo una semana del comienzo de la primavera y el aire olía a tierra mojada y a flores.

—Ahora te toca a ti. ¿En qué estás pensando?

Subí la ventanilla, volví a bajarla, tarareé una canción y luego miré de reojo a mi madre. Había acabado con sus uñas y empezaba a morderse la piel de su labio inferior.

—Me estaba preguntando por qué tanto misterio —dije.

Sophie miró directamente a nuestra madre.

—No todo es un misterio —dijo—. Sabemos algunas cosas.

Mi hermana y yo somos como un balancín: cuando yo estoy en mis momentos más bajos, ella está arriba, en lo alto.

—No —contesté—. No las sabemos.

Pero a pesar de haber dicho eso, yo sabía que Sophie tenía razón; algo sabíamos.

—Podemos deducir que tenemos algo en esta isla —especulé—, y que venimos a venderlo. ¿Qué puede ser? Yo ni siquiera me acuerdo de haber estado aquí alguna vez. ¿Y tú, Sophie?

Sophie negó con la cabeza, los ojos clavados siempre en Lizzie. Suspiré, y volví la espalda a la ventana. La respuesta no vendría de nuestra madre, estaba segura. Pero el tiempo lo diría. Había un letrero en la parte trasera de la furgoneta que decía: *En Venta. Razón: propietario*. La respuesta nos la daría el tiempo. Así sería.

Y ahora creo que debo volver atrás; al mismo día, pero algunas horas antes. Yo estaba en la cocina, fregando los cacharros que habíamos usado durante la semana. Sophie se encontraba junto a la encimera, cerca de mí, sorbiendo leche de un tazón. Del cuarto de estar llegaban sonidos de animales salvajes y olor a humo. Miré a mi hermana pequeña, preguntándome si ella estaría pensando lo mismo que yo. Vaya, nuestra madre veía los programas sobre naturaleza todos los fines de semana, pero solo fumaba cuando algo iba mal.

Oí rechinar el sofá y, acto seguido, pasos sobre la alfombra del salón. Un momento más tarde Lizzie estaba de pie en la cocina, apoyada en el extremo más alejado de la encimera y observándonos envuelta en una densa nube de humo gris. Sus dedos tamborileaban en un lado de su taza de café y empezó a tararear una especie de popurrí entre «Cumpleaños Feliz» y «La araña chiquitita», hasta que yo ya no pude aguantar más.

—Es domingo, mamá. ¿Por qué te has pintado los labios?

Tenía la boca roja, perfilada a toda prisa y sin espejo. La melena, que le cubría la espalda, estaba recogida en una abundante y desaliñada cola de caballo, como si se hubiese olvidado de cepillársela primero.

Lizzie no me contestó. Dio un último trago de café, luego aplastó el cigarrillo contra el fondo de la taza, produciendo un sonido efervescente. Como por arte de magia, un nuevo cigarrillo apareció en la uve de sus dedos. Lo encendió con rapidez, dio una profunda bocanada, y de algún modo acertó a decir «Po-

neos los zapatos» sin dejar de aspirar. Yo me la quedé mirando, a la espera de la exhalación. *Ciento uno, ciento dos.*

—Zapatos y abrigos –respiró por fin.

Humo y palabras flotaron por la cocina mientras, en el cuarto de estar, rugía un león hambriento.

Sophie había saltado y corrido al vestíbulo a la primera mención de los zapatos. Llamó excitada desde el pequeño dormitorio que compartíamos:

—Margaret, ¿te llevo los tuyos también?

—No –contesté. Continué enjuagando los platos soperos, invirtiendo mucho tiempo en cada uno de ellos.

—Eso, puedes hacerlo más tarde –dijo Lizzie, todavía tamborileando, todavía canturreando, todavía expeliendo humo.

—Es domingo, mamá –repetí—. ¿Adónde vamos?

—Ponte los zapatos –fueron sus últimas palabras.

Diez minutos más tarde, cuando ya estábamos las tres apretujadas en la cabina de la furgoneta, Lizzy encendió su cuarto cigarrillo matutino y puso en marcha el motor.

—¿Adónde vamos, mamá? ¿Vamos, mamá? –Sophie saltaba arriba y abajo en perfecta sincronía con cada palabra. *Vamos, vamos, vamos, mamá.*

Claro que yo sabía por qué ella estaba tan excitada. Si buscas «previsible» en el diccionario, encontrarás lo que significa pasar un fin de semana en nuestra casa. Primero viene el sábado. Los sábados son lo que Sophie llama Días de Diversión Familiar, aunque no es así como los llamaría yo. Yo los denominaría Días

de Hacer lo Mínimo para Sobrevivir, y así es como transcurren: a eso de las tres en punto, una vez que Lizzie ha terminado de dormir sus siestas de mañana y de tarde, agarramos nuestra ropa sucia, la echamos en la furgoneta y ponemos rumbo a la lavandería. Una vez allí, lo primero que hacemos es separar las prendas por colores: blancas con blancas, oscuras con oscuras, intermedias con intermedias. Al principio yo me resistía, intentando meter toda mi ropa junta en una máquina para que así no se mezclara con la de Sophie, pero desde aquella vez en que Lizzie me dejó hacerlo y toda mi ropa salió gris-rosada, me convertí en una firme devota de la separación. Blanca, de color, intermedia, y delicada.

—¿Qué significa delicada? —preguntó una vez Sophie, y Lizzie contestó:

—La ropa interior fina y cosas así.

Desde ese momento, Sophie exigió que su pijama del tigre fuese a ese montón. Y aunque Lizzie se mantuvo firme y le dijo que no, cada semana Sophie clamaba:

—¡Delicada!

Y echaba su pijama del tigre a la lavadora, solo por diversión.

Mientras las máquinas estaban enjabonando y dando vueltas, me acomodé con mi ejemplar del *National Geographic* y Sophie se dedicó a encajar piezas de EL PUZLE MÁS COMPLICADO JAMÁS FABRICADO sobre el mostrador de la lavandería. Es un puzle que, si consigue terminarlo alguna vez, le reportará un premio en forma de certificado enmarcado; además, su nombre aparecerá en la lista de los escasos seres especiales que en todo el mundo han conseguido completarlo. Me parece que son cinco.